

En la margen opuesta del río

En la margen opuesta del río



Rosa Isabel García Bonillo



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2026

Depósito legal: SE 3651-2026

ISBN: 979-13-7060-952-8

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rosa Isabel García Bonillo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,
por tanto, ecológico.

A mi familia

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
PARTE I	17
I	19
II	23
III	27
IV	33
V	37
VI	39
VII	43
VIII	47
IX	49
X	53
XI	63
XII	67
XIII	71
XIV	73
XV	81
XVI	87
XVII	89

XVIII.....	99
XIX.....	101
XX.....	109
PARTE II.....	113
I.....	115
II.....	123
III.....	133
IV.....	139
V.....	143
VI.....	149
VII.....	155
VIII.....	157
IX.....	161
X.....	173
XI.....	181
XII.....	189
XIII.....	193
XIV.....	197
XV.....	203
PARTE III.....	207
I.....	209
II.....	213
III.....	217
IV.....	221
V.....	229
VI.....	231
VII.....	235
VIII.....	237
IX.....	239
X.....	241

XI	249
XII	251
XIII	253
XIV	257
XV	259
XVI	261
XVII	265
XVIII	267
PARTE IV	269
I	271
II	275
III	283
IV	287
V	291
V	293
VI	297
VII	303
VIII	309
PARTE V	311
I	313
II	319
III	327
IV	333
V	337
VI	341
VII	347
PARTE VI	353
I	355
II	361

III	365
IV	371
V	377
VI	379
VII	383
VIII	391
IX	395
X	397
XI	399
XII	401
XIII	403
EPÍLOGO	405

PRÓLOGO

Los hechos que me dispongo a relatar sucedieron en la comarca a la que fui destinado hace unos años por mi trabajo, la comarca del Almanzora, al norte de la provincia de Almería. Por motivos que el propio lector acabará comprendiendo, no desvelaré mis credenciales profesionales ni ningún otro indicio que pueda delatar mi identidad.

La comarca del río Almanzora se compone de una veintena de pueblos diseminados a lo largo del río y sus ramblas, desde su nacimiento en la sierra de los Filabres hasta el Levante. Su nombre, del árabe *al-mansura*, la bien defendida, la victoriosa, da fe de su pasado andalusí. Durante el tiempo en que viví en el valle, visité sus rincones y conocí a mucha gente almanzorí, la cual, animada por mi curiosidad innata y mi afición al folclore, mostró buena disposición para compartir sus historias conmigo. Y lo que me contaron sobre el nombre del río es que a finales del siglo X, el caudillo Almanzor, pasando con su ejército por el pueblo de Olula del Río en dirección a Granada, se enamoró perdidamente de la bella cristiana Alicia y la secuestró. Ya de noche, estalló una tormenta tan terrible que el río rápidamente se desbordó, llevándose por delante a parte de su ejército, y su amada prisionera desapareció para siempre. Un romance de la zona recuerda cómo Almanzor lloró amargamente su pérdida, y por aquel episodio, el río y el valle tomaron su nombre. Tal vez

desconociera el musulmán que los anteriores pobladores romanos habían apodado al río Surbo, el río soberbio, por sus impresionantes crecidas que se han reproducido a lo largo de la historia, la última vez con la riada de 1973 que arrasó el valle, dejando miseria y muerte.

Pero el río traía destrucción en contadas ocasiones y los lugareños se acuerdan todavía de cómo en una época no tan lejana, las mujeres lavaban las ropas en los lavaderos municipales cercanos, los aguadores llenaban los botijos y los cántaros en las fuentes, y la gente se bañaba en sus aguas refrescantes durante los cálidos veranos del sur de la península.

Y digo «traía» en pasado, porque el Almanzora se muere, su suelo cuarteado yace seco y yermo. Hace lustros, si no décadas, que no se ha visto al río salir de punta a punta y nunca su hilo de agua aguanta más de una estación. Si no se muere es que ya está muerto.

Los acontecimientos que el lector se dispone a descubrir ocurrieron en este paraje hace años, mucho antes de la época que nos ha tocado vivir. Se han cambiado las fechas y los topónimos, y los nombres de las víctimas y de los verdugos, así como de los demás protagonistas han sido modificados. Después de conocer los hechos que nos conciernen, el lector entenderá por qué tuve que marcharme nada más ser conocedor de la verdad. Y temo tanto las repercusiones que tendría mi traición de ser destapada que con esmero, he pintado mi relato de ficción para que nadie pueda señalarme con el dedo. Negaré mientras viva cualquier parecido con la realidad. Y si bien es cierto que en este preciso momento, estoy a tiempo de parar esta locura y de callar para siempre lo que ocurrió entonces, me debo a mi conciencia relatar el porqué de aquellas muertes. Los actos siempre traen consecuencias. A veces buenas, a veces malas. Y al publicar estas palabras, soy consciente del huracán que voy a desatar y cuya amplitud nadie puede calibrar. Pero es ineludible que cuente esta historia. Y que Dios, o el hombre, me ampare.

INTRODUCCIÓN

Ocritud. Una paleta infinita de tonos ocre, pardos, amarillos, verdosos, apagados, grisáceos. moribundos. estériles. secos. Todo está seco, sediento, muerto de sed. No hay una mata, una rama, una raíz a la que no le falte su parte de agua. Una manta rala de arbustos y matorrales escuálidos brotan de una tierra harinosa salpicada de *roales* de hierbajos espinosos.

Ondulación. Los cerros se suceden en el horizonte circular. Gira, gira, a tu alrededor ondula el mismo paisaje de cerros superpuestos bajo la línea blanqueante de un cielo apenas azul. Uniformemente iguales, nada distingue un cerro del otro. Monotonía en el movimiento del suelo cubierto de polvo que barren los vientos bajo nubes áridas

Inhospitalidad. Nada invita al visitante a parar y recrearse. No hay un árbol en cuya sombra cobijarse. No hay un manantial donde apaciguar la sed. No hay planta, no hay mata que ofrezca sus frutos a sus labios. Camina, visitante, camina, hasta encontrar una senda que te lleve donde habitan los moradores de estos páramos. Abandona estas tierras. Nada te reclama aquí. Vete.

Ocultos, a los pies de las cárcavas, yacen arroyos invisibles. Desde algunas cuevas se puede bajar hasta estos manantiales profundos, guiados por su arrullo. Una vez que se llega a su borde, no hay linterna que alumbre toda la extensión de sus aguas en los años de lluvia. De esa agua depende la supervivencia del Valle.

PARTE I



I

V iernes 19 de enero de 2018. Tiempo: gélido. El viernes es el día de mercado en la localidad de Camarillas.

A primeras horas de la mañana, se oyó el insistente chirrido del *scooter* eléctrico de doña López enfilando las calles de Camarillas hacia el nuevo ayuntamiento. El edificio había sido inaugurado por su hijo siete años atrás, poco después de ganar sus primeras elecciones, construido en un tiempo récord, deseoso como estaba de borrar cualquier rastro del antiguo regidor, Vicente Estrada. ¡Qué recuerdos aquellos cuando todo estaba bien! Unas calles más allá, por detrás de la plaza Mayor, a la vieja casa consistorial la habían abandonado a su suerte dentro de una alambrada de obra, dejándola sucumbir a su decrepitud.

Al ruido estridente del diminuto motor, los dos trabajadores del ayuntamiento que esperaban en la puerta, interrumpieron su charla sobre lo que había ocurrido por la noche en ese mismo lugar. La anciana, sin siquiera hacer el ademán de saludarlos, aparcó frente a ellos, se bajó con agilidad, recompuso la falda de su elegante tres cuartos de patas de gallo blanco y negro a juego con sus gafas de pasta blanquinegras y sus botines forrados, y dio la vuelta a su vehículo para extraer el cayado del porta-muletas no sin dificultad, con el único uso de su mano izquierda que peleaba

de mala manera con el bastón, mientras la mano derecha pendía quieta, embutida en la manga del abrigo. El bastón luchaba contra la señora por permanecer dentro de su anclaje hasta el punto de que el pequeño ciclomotor estuvo a nada de volcar en la calzada. Entonces a su dueña se le ocurrió deslizarlo lentamente por arriba y el bastón cedió. Con el ídem en mano, se dirigió a los dos hombres en la puerta.

—Buenos días, doña López, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—¿Cómo voy a estar? —por no decir, «¿a ti qué te importa?»—. Abrid la puerta.

—Estamos esperando a Luis.

—¿Y qué hace que no está todavía aquí?

—No son las ocho, doña López.

—Así nos va.

No había terminado de pronunciar sus palabras con tonito despectivo que Luis el Juanete y ordenanza de Camarillas apareció a la vuelta de la esquina. Iba tranquilo, como era su costumbre, vestido con su uniforme azul que no protegía del todo del frío en esa época del año, pero del que nunca se había quejado, apurando el pitillo del desayuno que sabía a café y a nicotina. Saludó al grupito con su voz ronca, mientras abría la puerta, y dejó pasar primero a la doña. En el momento en el que iban a acceder a su vez al consistorio, uno de los funcionarios se percató de que del brazo derecho de la anciana colgaba un cuchillo de dimensiones importantes, el cual había logrado esconder pero que ahora se le estaba escurriendo por la manga. Soltó un «¡Coño!» alto y contundente mientras agarrando el brazo del compañero y señalando la hoja, retrocedía a trompicones. La señora había entrado, se había parado en medio del hall y alzando la vista hacia los despachos de las plantas superiores cuyas puertas se dejaban ver a través de las barandas de vidrio templado, parecía estar buscando una en particular.

El gitano Luis el Juanete, que se encargaba de abrir las puertas y de encender las luces de las pertenencias consistoriales, así

como del mantenimiento de los dos colegios camarilleños y de alguna avería intempestiva durante los fines de semana cuando nadie más cogía la llamada, tomó la iniciativa, sin que nadie le pidiera nada, como otro más de los cometidos que iban con el uniforme azul de tela demasiado ligera para las temperaturas de las madrugadas del mes de enero. Siete años atrás, había sido el hijo de aquella señora armada con un cuchillo de matanza y un cayado quien le había conseguido el puesto en un momento en el que la situación en casa estaba malamente, con la mujer y él en paro, su hijo *malico* y nadie que diera un duro por ellos.

Se acercó a ella con un ojo puesto en el cuchillo que llevaba, la miró con comprensión, ella a la vez tan bajita y tan arriba y él en el escalón más bajo de la sociedad camarilleña, pero hermanados por la ley del Talión, y entonces le habló al oído, en voz tan baja que sólo la anciana y él supieron lo que le dijo. De lo que Luis el Juanete no se dio cuenta fue de que se había acercado demasiado a doña López, y siendo tan negruzco, arrugado y gitano, con esa cara de pocos amigos que despertaba el recelo de los que no lo conocían y esa voz tan ronca y rota que sonaba cuando menos amenazante, esta se había acongojado hasta el punto de olvidar el cuchillo, el ayuntamiento, la puerta del despacho en la primera planta y el propósito que la había llevado hasta allí, y que ahora sólo deseaba montarse a su *scooter* eléctrico y salir pitando hacia otro sitio, lejos de ese uniforme azul deslavado que olía a tabaco negro y a repugnante bar de viejos, hacia un lugar seguro donde la dejaran a ella ser doña López y no una minúscula e inofensiva anciana a merced de un *gitanaco* que le estaba echando el aliento.

Luis el Juanete agarró el cuchillo con mucha facilidad, y cogiendo a la señora del hombro, indicó a los hombres apostados fuera que les abrieran la puerta. Ya en la calle, la extraña pareja paseó durante un rato de un lado a otro, él con el cuchillo en una mano y la otra posada sobre el hombro de la anciana y musitando

palabras indulgentes, y ella desesperada por escapar ilesa del gitano que no la soltaba.

Desde el otro lado de la ventana acristalada donde se habían apostado, los dos acólitos los seguían con la mirada mientras las vibraciones y las notificaciones de sus móviles se volvían locas después de subir a las redes el vídeo de lo ocurrido.

II

Viernes 19 de enero y mercado en Camarillas.

Los puestos se instalaban a lo largo de la margen derecha de la rambla a la que se accedía por la Cuesta del Lavadero, llamada así porque antaño, bajando esa cuesta estaba el lavadero donde acudían las mujeres a lavar la ropa, aprovechando la corriente de agua que bajaba. Pero ya no quedaba lavadero ni agua.

Conforme subía el sol gris de invierno en el cielo, los olores del mercado se iban intensificando, a encurtidos y salazones, a olivas fermentadas, a embutidos de cerdo y quesos de oveja, a bacalao y sardinas saladas, a churros y al ajetreo de la gente. Era invierno y los puestos lucían el cálido color de las naranjas y de las calabazas.

Aquella mañana, aparte de la amalgama de tufos y aromas, corrían los cuchicheos entre el bullicio del mercado, de los bares y de las calles de Camarillas. En escasas horas, el pueblo había engullido una montonera de noticias, no de cualquier género, noticias de las buenas, de las morbosas, de las picantes, desde lo del alcalde, pasando por lo de la secretaria para acabar con lo de la madre.

El jueves 18 de enero, a las siete de la tarde, el alcalde Lautaro Rodríguez López había convocado a los medios en el salón de

actos del nuevo ayuntamiento para anunciar que dimitía, y sin más explicación, había abandonado la sala por la puerta de atrás junto con su equipo de gobierno, dejando al pueblo entero boquiabierto y patidifuso.

Lautaro, que a diferencia de su progenitora nunca aceptó lo de «Don», el Pequeño Gran Hombre, tal y como lo habían apodado siete años atrás, había abandonado a su pueblo. El que había sido el principal artífice de la revolución democrática en el pueblo, el Salvador de Camarillas venido a librar a su pueblo de la desidia y de la corrupción de veinticuatro años de yugo fascista, se marchaba sin decir esta boca es mía. En siete años, el hombre de la cara afable, sonrisa honesta y comprometido hasta la médula con cada uno de sus vecinos, había logrado que todos los camarilleños sintieran orgullo por pertenecer a su pueblo, olvidaran las rencillas y las envidias y abrazaran al vecino como a un hermano o a un tío bien avenido. Lautaro había traído la bienaventuranza a su pueblo. Y de la noche a la mañana, se marchaba. ¿Por qué los abandonaba ahora?

Los pueblos pequeños tienen esas cosas y en cuestión de horas ya corrían varias teorías, las más plausibles de las cuales tenían que ver con algo terrible que tenía que haberle ocurrido a Lautaro. Los niños tal vez, aquellos dos querubines de pelos rubios que lo acompañaban en cada inauguración y a los que habían visto crecer desde la cuna a lo largo de los años, Dios tuviera misericordia de esos dos ángeles, o su pobre mujer, que había adelgazado tanto en los últimos tiempos, aquejada Dios sólo sabía de qué enfermedad, tal vez de un *mal malo*. Porque a él se le veía tan bien, incluso había engordado, pero ¿quién conocía los designios del Señor? Y es que cuando se trataba de salud y de enfermedades graves, entonces entraba en juego Dios en el pensamiento colectivo. Y, así pues, durante las primeras horas posteriores a la dimisión, todo el pueblo se encomendó a Dios y rezó y rezó para que nada malo le estuviera pasando a su pastor.

Y luego, en mitad de la noche, apenas secadas las lágrimas e implorados los santos patrones, de pronto el pueblo presenció con incredulidad cómo el alcalde abandonaba su casa, hablando por el móvil y tirando de una maleta *trolley* que con el tintineo infernal de sus ruedines iba anunciando su paso, ligera y decididamente. El hombre recorrió medio pueblo a pie, cruzando el puente de las Américas, pasando por la plaza de la Libertad, siguiendo por la acera de la avenida de la Constitución, y girando en una esquina hasta tocar en el telefonillo de un edificio muy familiar para todos. Exactamente en el telefonillo del ático B del edificio de la calle Pío XII donde vivía la secretaria y concejala de Igualdad de Camarillas, Marina Usero. ¿QUÉ?

Al pueblo se le quedó en un instante el culo torcido.

Y hablando de culos, ¿era ese el motivo por el cual Lautaro se había refugiado en el ático de la susodicha? No había hombre o mujer en todo el Valle que no hubiera contemplado, admirado, envidiado o cotilleado las fotos de la secretaria de Camarillas. Su popularidad en redes provenía en gran medida de sus nalgas. Marina Usero detentaba las posaderas más redondas, rotundas, mejor torneadas y perfectas del panorama local. Al año de volver a Camarillas, había posado en un periódico provincial como una de las chicas más explosivas al frente de un consistorio. Sin duda, Marina Usero se había ganado a cientos de seguidores con aquel culo firme y redondo que siempre lucía con la menor tela exigible en las fotos que colgaba en sus redes y que hacían la comidilla de sus conciudadanos. La incorporación de Marina al consistorio de la localidad lo había dotado de belleza y de *sex-appeal*.

Ahora bien, y pese al atractivo inapelable de la secretaria, nadie en todo el pueblo habría podido imaginar aquel desenlace. Porque nadie, absolutamente nadie, en todos estos años habría sospechado que el alcalde en realidad estuviera liado, enrollado o encamado con la *influencer*. Nunca una mirada indiscreta, nunca un gesto concupiscente que pudiera haber levantado la sospecha

de que existía algo entre esos dos. Ni una escapada, ni una reunión intempestiva en el despacho del consistorio, ni un supuesto viaje de trabajo. Nada. Además, pudiendo estar con cualquier hombre del universo, ¿cómo era posible que Marina Usero se hubiera fijado en el alcalde? ¿De verdad? ¿En qué? ¿En su metro y escasos sesenta centímetros de altura? ¿En esa mirada de estar siempre en la inopia tras sus gafas de pasta? ¿En su sonrisa conejil? Lautaro caía bien a todo el mundo, pero no era precisamente un *latin lover*. Entonces, ¿cómo una diosa había caído tan bajo como para liarse con ese hombrecillo? ¿Por qué?

Aquella noche el pueblo descansó poco, repasando las imágenes que quemaban las redes y asimilando que su buen pastor era en realidad un hombrecito común, semejante al resto de los mortales, pecador, vicioso e inmoral que acababa de dejar no sólo a su gente sino a toda su familia por un culo bien puesto, pero al fin y al cabo sólo un culo, ajeno al hecho de que en la casa de los padres del ahora ex alcalde también habían recibido las fotos de su hijo metiéndose en el edificio de la secretaria, y que pocas horas después doña López iba a hacerle pagar a aquella pelandrusca el caos en el que había sumido su vida y la de todo un pueblo.

III

A las 17:24, sentada al volante de su Seat León matrícula 4718BVK color amarillo ovni con la aleta y el faro izquierdos destrozados, Horacia juraba en arameo a gritos y a solas. Pulsó el botón del mando de la pesada puerta de la cochera comunitaria del edificio de la calle Pío XII cuya entrada se encontraba en el callejón de detrás, y esperó sus segundos preceptivos a que el mecanismo eléctrico reaccionara con su zumbido habitual. Habría estampado contra la puerta al gruista de los cojones de haberlo tenido enfrente. Un rato antes, Charlie que de camino al gimnasio, se había encontrado con la carta, le había wasapeado que el atestado había dado la razón al gruista. Ahora entendía por qué el gruista había estado comiéndole la oreja a aquel subhumano con uniforme de guardia civil delante de sus narices. Lo conocía y lo estaba convenciendo de que la culpa había sido de ella. ¡Y ahora se cagaba en aquel homúnculo uniformado y con barbas que no había tenido siquiera la educación de quitarse las gafas de sol para dirigirse a ella!

La mañana de autos, exactamente tres días antes de Navidad, Horacia conducía felizmente de vuelta de recoger un paquete en el MRW. Ya no recordaba lo que llevaba el paquete, sólo que el Lidl le pillaba de paso y le dio antojo de un par de empanadillas de

hojaldre rellenas de compota de manzana que sólo se atrevía a regalarse cuando sabía que Charlie no la iba a pillar comiéndoselas. Charlie era tajante con la comida basura, no podían comer nada que contuviera grasas hidrogenadas, aceite de palma, azúcares añadidos, jarabe de maíz, harinas refinadas, harinas modificadas, aditivos saborizantes o conservantes. Charlie nunca entendería lo suyo con aquellas empanadillas del Lidl así que prefería evitarle ese mal trago, comiéndose una o dos de vez en cuando a escondidas. Miró en la rotonda antes de incorporarse, no vio a nadie y cuando tenía el coche medio metido, apareció de la nada una grúa *folladísima* a tiempo de oír el terrible crujido metálico de la chapa de su capricho de coche siendo machacada por encima del chasis. El gruista, un ser contrahecho con cara de lerdo que había enfilado la rotonda en línea recta se acababa de comer la aleta y el faro de su Seat. Nada más bajar y comprobar los daños, Horacia explotó. «¡Me cago en la hostia y me cago en Dios y en todo lo que se menea! ¡Que sólo quería comerme unas empanadillas! Pero ¿te has creído Fitipaldi? ¡Que es una rotonda, no las veinticuatro horas de Le Mans! ¡Puto imbécil!». Aquel ser contrahecho y poco acostumbrado a manejar tamaños estándares, ya ni hablamos de cosas grandes, había querido firmar un parte amistoso en cuyo dibujo mal hecho, a su imagen y semejanza, la había señalado a ella arrollando a la grúa al meterse en la rotonda.

—¿Que yo te firme esto? ¡Pero tú te crees que soy imbécil si el que ha tenido la culpa has sido tú!

Había llamado a Charlie, el cual no solamente se había personado en el lugar de los hechos *ipso facto*, sino que en un alarde de efectividad había avisado a la Guardia Civil. Craso error. Señores, no llaméis nunca a Atestados, nunca, firmad un acuerdo, que se peleen los seguros, pero no llaméis nunca a Atestados. Y eso que los primeros agentes que se habían presentado en el lugar del accidente le habían dado la razón a ella. Hasta Charlie se la había dado, y para que su marido le diera la razón en asuntos automovi-

lísticos Pero entonces, apareció aquel homúnculo en el vehículo de Atestados, y por la familiaridad con la que le había estado cuchicheando el gruista al oído y la sequedad con la que se había dirigido a ella, tendría que haberse dado cuenta de que aquellos dos eran amiguitos y que habían sellado su destino.

Un mes llevando el coche hecho una mierda a sabiendas de que era inocente para nada. Un mes teniendo que volver antes de que anoheciera a casa porque no le iba el faro delantero izquierdo y la multa iba a ser suave si la pillaban. Es más, el hierro retorcido de la aleta había estado comiéndose la parte de fuera de la rueda y a punto había estado de sufrir una avería aún más terrorífica. Y total ¿para qué? Para nada. La carta de Tráfico lo dejaba muy clarito. La culpa era suya. A buscar un taller que le arreglara el coche y a dejarlo unos días. ¿Cómo lo haría para ir al curro? Tendría que buscar combinaciones, pedir favores, irse andando o que Charlie la dejara dos horas antes. Todo por culpa de aquel mal nacido y del corrupto de su amiguete. Mientras la puerta de la cochera tardaba lo suyo en abrirse, a Horacia sólo le quedaban ganas de refugiarse en los brazos de Charlie y que este la consolara como siempre lo hacía su hombre. Menuda mierda de viernes.

El coche bajó la rampa y se incorporó en sentido contrario a la última fila de coches. La luz automática se encendió en seguida pero no solía durar mucho y antes de llegar a su plaza, la única luz que alumbraba ya la cochera era la del faro no dañado que llenaba las paredes con las sombras de los demás vehículos. Para llegar hasta su plaza, debía dar la vuelta completa a la enorme cochera alrededor de los dos pilares de carga, recorrer las dos filas paralelas que daban directamente al rellano del ascensor y volver a las dos hileras de coches que eran las que se encontraban frente a la salida. O bien recorrer esa última fila en sentido contrario y meter el coche de culo en su plaza que era la penúltima, cosa que hizo por ser lo más rápido y porque no tenía el chichi para farolillos.

La puerta de la cochera se cerró lentamente, como de costumbre, cuando estaba aparcando y con su cierre, se apagó el halo de luz de la calle. Horacia se sabía de memoria el camino hasta el interruptor a mitad de camino hacia el ascensor. Tenía que pasar por los dos coches aparcados en la fila detrás de la suya, cruzar hacia la siguiente fila, pasar entre el viejo Mercedes de su vecino Patricio y el Mazda gris metalizado de la secretaria del Ayuntamiento, alcanzar el segundo pilar en la esquina de la plaza del Mazda y darle al pilotillo verde. Entonces se encenderían de nuevo los neones ahí arriba y alcanzaría la puerta del edificio en seguida.

Al pasar por el lado del Mercedes, Horacia se encontró de pronto tirada en el suelo. Al caer, se había intentado coger del coche, llevándose un golpe en la mano. Su cerebro tardó unos segundos en reaccionar. Se había resbalado y caído de rodillas. Estas, al recibir todo el impacto del golpe, empezaron a doler. El bolso se le había caído también. ¿Es que este día de mierda no iba a acabar nunca? Al apoyar las manos en el suelo para levantarse, se encontró con el líquido pegajoso en el que había resbalado. Tentó el suelo para ver hasta dónde llegaba. Era ridículo intentar ponerse de pie si se trataba de gasolina o de aceite de motor porque se caería de nuevo. Lo sabía de la vez en que al aparcar en la calle donde vivían antes, había tirado la motillo de la vecina rusa sin querer y al derramar su gasolina, se había caído dos veces en dos segundos. Nunca se lo había contado a la vecina porque, al fin y al cabo, a la motillo no le había pasado nada. Tendría que avisar a Patricio de que su coche perdía aceite. Maldita chatarra y maldito viernes. Tenía que ponerse en pie para alcanzar el pilotillo verde de la luz y buscar el bolso que se había perdido en la inmensidad de aquella oscuridad. Hizo un barrido con los dedos, pero no encontraba el final de la mancha así que siguió gateando. Su mano se topó con algo familiar, suave, sedoso y aterrador. Saltó a ciegas en la oscuridad de la enorme cochera hacia atrás, se golpeó la es-

palda contra el Mercedes, pero eso no le impidió ponerse en pie y echar a correr hasta el ascensor. Le dio al interruptor de la luz del rellano. Y con la luz vio sus manos. No, no. Oh no. Oh no no no no no. ¿Ese color era ? Si era lo que pensaba, ¿la mancha procedía de ? Notó un temblor creciente que amenazaba con invadir el resto de su cuerpo. Gimió de miedo sin atreverse a mirar hacia la mancha. El ascensor no bajaba. Gimió de nuevo al reparar en que el peligro podía seguir dentro de la cochera y como en una peli de miedo, imaginó que la estaba observando, dispuesto a hacer con ella lo mismo que con la mancha. Intentó respirar con normalidad, sólo una vez, para sacudirse el miedo y volver a ser racional, y tuvo la impresión de que en ese momento podía decidir desmayarse, quedando al amparo del peligro, esperar el puto ascensor o subir por las escaleras interiores los escalones de cuatro en cuatro, deprisa, corriendo, aullando de que ahí abajo había algo espantoso esperándolos.

Sus gritos retumbaron por todo el edificio. En la segunda planta, la interpelaron Patricio y su mujer que acababan de salir del ascensor. El espectáculo que ofrecía era propio de una película *gore*. Una Horacia temblorosa y asustada intentaba contar lo que le había pasado en la cochera con el Mercedes, y más allá de las palabras que salían a trompicones por su boca entre gemidos y exhalaciones era su aspecto lo que los tenía turbados. Pronto se unieron las vecinas del primero y los del ático, alertados por los gritos, que bajaron corriendo, uno de ellos armado con su male-tín. Horacia iba cubierta de un líquido amarronado y carmesí que sólo podía ser una cosa y por la cantidad que la cubría, su vecina se debía de estar desangrando, pero no había forma de localizar ninguna herida aparente. Horacia que ya no tenía fuerzas para seguir, y con gemidos, el brazo levantado hacia su piso, pidió que llamaran a su marido. Una de las señoras estaba llamando ya a una ambulancia y otra de las vecinas del primero subió con prontitud a aporrear la puerta de su casa para avisar a su marido. En

cuanto había oído nombrar su Mercedes, Patricio había bajado volando, seguido de cerca por su mujer que intentaba detenerlo por miedo a lo que se podían encontrar.

Charlie que se estaba duchando tras su sesión en el gimnasio, había salido corriendo con una toalla enrollada a la cintura, a los timbrazos alternados con los golpes insistentes en la puerta, imaginando que una vez más a su Hori se le habían olvidado las llaves, cuando se encontró a una de las señoras mayores del primero blanca como la paja y murmurando el nombre de su esposa. «¿Dónde está??», se oyó chillar y a la señal con la mano de la anciana, Charlie bajó corriendo las escaleras y al toparse con Horacia cubierta de sangre, cayó redondo al suelo desmayado, abriéndosele la toalla que dejó al descubierto sus atributos.

IV

Tras la inspección ocular de la cochera, Ramona Manzano subió al *hall* principal del edificio a esperar a Martos y a su equipo de criminalística procedentes de la capital almeriense. La teniente había chasqueado la lengua al comprobar que sobre las paredes de color cremoso continuaba el destrozo del escenario. Ataviada de los guantes de plástico de rigor, abrió la pesada puerta que daba al vestíbulo del edificio. Era terriblemente pesada y se tuvo que ayudar de las dos manos. La entrada y salida a la calle Pío XII habían sido acordonadas así que fuera reinaba una calma ficticia. El frío de la noche le golpeó la cara y le llenó los pulmones de aire gélido. Bloqueó la puerta con su cuerpo, cogió el teléfono y llamó a la centralita. Ya había mandado a una patrulla a por la madre del alcalde y otra a por Lautaro Rodríguez, el ex alcalde del pueblo y una de las últimas personas en ver a la víctima. Según los compañeros del cuartel de Camarillas y un vídeo que compartieron, habían pasado juntos la noche anterior en su ático. También le habían contado el incidente de la madre, y esas ya eran dos circunstancias que lo asociaban a la víctima.

Al entrar a la vivienda de la secretaria, Ramona se había hecho un esquema mental muy rápido de lo ocurrido. El salón había sido el escenario de una lucha. Sillas volcadas, desorden aparente, ahí había habido una pelea. Luego, el agresor o agresora y su

víctima se habían trasladado a la cochera y al llegar al coche, la habían degollado sin piedad.

Le olía a lo mismo de siempre, un asunto de pareja que había acabado mal, no le sorprendería nada si hallaban al alcalde en algún sitio colgado. Sacó su *vaper*, su libretilla y un boli del bolso, y se puso a garabatear algunos apuntes entre vapeo y vapeo. Intuía que este iba a ser el caso que iba a catapultar su carrera profesional gracias al cuerpo que yacía en la cochera. Y que iba a ser fácil. Y nunca le fallaba su intuición. Tenía el escenario del crimen, el cuerpo de la víctima y a dos posibles culpables. Sólo faltaba el arma. Con un poco de suerte, antes de que acabara el fin de semana, quedaría resuelto.

El cuerpo de Marina Usero yacía a los pies de su Mazda. Había caído de rodillas y tenía las piernas dobladas debajo de ella, el tronco echado hacia atrás y los ojos muy abiertos mirando hacia el techo de la cochera. Eran sus ojos de color aguamarina los que la identificaban en medio de las carnes golpeadas y amoratadas de la cara que habían deformado a puñetazos y tortazos. El pelo que a decir de los que la habían encontrado siempre llevaba impecable estaba despeinado sobresaliendo un penacho por la parte de arriba. Pero la ropa, un elegante traje de ante beige bañado en sangre, no parecía haber sufrido ningún desgarró. El trazo de sangre negra coagulada que le rayaba el cuello no había dejado lugar a dudas. La víctima había sido degollada. Había leído por ahí que desangrarse no era ni de lejos la peor forma de morir. Esa misma mañana, la madre del alcalde de Camarillas había sido vista en el ayuntamiento donde trabajaba la víctima con un cuchillo de grandes dimensiones, y todo porque el hijo había dimitido la tarde de antes por un lío de faldas con la víctima. ¿Por qué no la habían detenido en ese momento? Tenía que averiguarlo, pero a todas luces, la madre pudo haber cumplido su objetivo.

El frío empezaba a molestarla, así que se metió dentro, dejando que la pesada puerta se cerrara con un estruendo metálico. Miró la hora en su móvil. Se repasó el pintalabios. Martos no tardaría en llegar. En el cuartel la esperaban los testigos y vecinos del edificio que habían encontrado el cuerpo y habían avisado a la policía. Su interrogatorio era la excusa perfecta para dejar a Martos solo ante el escenario. Y es que, por mucha admiración que profesaba al criminalista al que todos consideraban un genio, no se arriesgaría a acompañarlo. El estado en el que se hallaba la cochera iba a desatar una hecatombe en cuanto Martos la pisara. Tanta fama tenía su genialidad en su campo como su furia cuando se topaba con algún obstáculo. Nadie se había librado de sus ataques de ira y decían las malas lenguas que uno de esos «desencuentros» era el motivo de su destierro a la capital almeriense, la más alejada de todas las capitanías andaluzas.

Un pitido en la calle alertó de su llegada. Las veintiuna horas y doce minutos. Menos de dos horas desde que le habían dado aviso del hallazgo del cuerpo. Ramona abrió el portal, saludó al investigador y a su equipo de cuatro colaboradores, y se presentó. Estos iban ya preparados para acceder al escenario del crimen. Desde la calle, y mientras se quitaba los protectores de los zapatos, la teniente Ramona le indicó la dirección de las escaleras que llevaban a la cochera del edificio, al fondo del pasillo. Al cruzar la calzada hasta su coche donde le esperaba un agente, Ramona divisó al otro lado del cordón policial a la multitud de caras sombrías y silenciosas que aguardaban una respuesta en el helor de la noche.

V

El coche patrulla de la Guardia Civil requerido por la teniente para arrestar a la sospechosa se había retrasado más de lo previsto en llegar a la barriada del Pozo Blanco. Una columna de niebla densa, casi opaca, había cubierto los kilómetros que llevaban a la barriada camarilleña y el coche patrulla se había perdido. En lugar de seguir por el asfalto de la calzada, se había metido por una pista de tierra pedregosa bordeada de abundantes cañaverales que zigzagueaba entre ramblas y cerros. Perdidos como estaban, habían puesto el *GPS* que los había hecho cruzar una rambla convertida en barrizal por un vestigio de corriente de agua de las lluvias del otoño y lo que con normalidad se recorría en diez minutos, se había convertido en una larga media hora.

En el Pozo Blanco, trozos de la bruma se habían escapado del camino y paseaban por la única calle a lo largo de la cual se alineaban las viejas casas cortijeras. Las farolas eléctricas de luz blanquinosa, unos pocos coches aparcados y el humo que escapaba de las chimeneas y que cubría el aire congelado de un omnipresente olor a leña quemada atestiguaban la presencia de los pobladores de aquellas casas bajas y encaladas, de techos de tejas ennegrecidas por el musgo.

Al bajar del vehículo, los dos agentes pudieron notar en sus pieles erizadas las miradas invisibles de los moradores de aquel

lugar, agazapados detrás de sus cortinas, observándolos, sabiendo muy bien a lo que habían venido.

Localizada la vivienda, tocaron dos veces a la puerta, la segunda con más insistencia y esperaron durante minutos eternos, preguntándose si iban a tener que hacer uso de sus armas, en aquel sitio alejado de todo, imprevisible, hasta que un hombre mayor, alto, vestido con una gruesa bata de lana gris, calvo y de bigote blanco, abrió la puerta y escuchó pacientemente mientras le informaban de que iban a trasladar a la señora López al cuartel. El hombre les pidió que esperaran ahí; volvió acompañado con su esposa. Esta no necesitó decirles nada, le bastó con dirigirles a los dos la mirada de mayor desprecio de la que era capaz, detrás de sus gafas de pasta rojas, a juego con un largo abrigo de invierno y una gorra de lana del mismo color. Salió de la vivienda sin decir nada, tampoco a su marido. Este tendió a los agentes una bolsa de plástico con un cuchillo de grandes dimensiones y cerró la puerta tras ellos.

VI

Nada había preparado a Ramona para la escena que estaría a punto de presenciar dentro del cuartel. Camarillas sólo disponía de un cuartel de la Guardia Civil, ubicado en un antiguo edificio del siglo pasado, en uno de los laterales de la plaza Mayor. En lugar de trasladar la investigación a la comisaría de Macón, le habían pedido desde arriba que llevara la primera parte de la investigación referente a los interrogatorios desde allí para finalizar el proceso lo más rápido posible.

Condujo hasta el cuartel acompañada del agente que le había sido asignado, un tipo por lo demás bastante rancio, de barba rala, que apenas la había saludado. En el vestíbulo, preguntando por el capitán Avellaneda, el sargento Marcos Angulo le informó de que estaba de viaje oficial a Jaén y era poco probable que volviera antes del lunes. Le indicó que los vecinos la estaban esperando en el «pasillo de los interrogatorios», alejados de la entrada y de las miradas curiosas y que se encontraban bastante nerviosos por lo ocurrido. En cuanto al ex alcalde, se le informó que otra patrulla había ido a su casa y su mujer les había abierto de milagro. El señor ex alcalde había abandonado su domicilio la noche anterior después de presentar su dimisión y desde entonces, su mujer no sabía nada de su paradero ni quería saberlo, ni que volvieran a molestarla. Su

flamante Audi X9 permanecía aparcado en el garaje de su casa, junto al Mini de su mujer. Ramona insistió en que tenían que encontrarlo como fuera, que preguntaran a amigos, colegas, compañeros, que avisaran a Almería, que si no lo encontraban pronto, había que lanzar un aviso de busca y captura ya.

El agente acompañante se adelantó a ella para mostrarle el camino al pasillo de los interrogatorios y esta lo siguió. Tendría más o menos su edad, pero los cuatro pelos que tenía como barba y un físico descuidado lo hacían mayor. Tras pasar el mostrador de la entrada, giraron a la izquierda y anduvieron por un pasillo largo hasta unas puertas batientes que daban a otro pasillo. Por dentro, todo el cuartel presentaba el mismo aspecto que el que se podía imaginar al ver su fachada; era viejo, con paredes de un tono claro feo y barato, con algunos pósteres obsoletos y decolorados pegados con fiso, suelos de baldosas antiguas, desgastadas y sin brillo, y en todo lo alto, tubos de neón anodinos colgando. Al fondo del pasillo, había una salita, y en unos bancos, una decena de personas sentadas que volvieron sus caras al unísono hacia ellos, dos de ellos tan cubiertos de manchas oscuras que a Ramona se le escapó un murmullo de espanto. Estaban literalmente embadurnados en la sangre de la muerta, sus manos, su ropa, incluso la cara del hombre estaba manchada. Ramona se quedó parada de la impresión y fue entonces cuando la mujer cubierta de sangre se levantó de golpe y al grito de «¡Has sido tú! ¡Homúnculo! ¡Has sido tú! ¡Tú has tenido toda la culpa!», se lanzó a por el agente que acompañaba a la teniente con intención de agarrarlo por el cuello con sus manos ensangrentadas. Ante sus ojos y al ralenti, Ramona contempló estupefacta cómo el agente de la barba agarraba el arma que llevaba al cinto y la levantaba hacia la criatura dantesca; se vio a ella misma echarse encima del brazo del hombre para impedir que disparara, tirarlo hacia ella y sentir el disparo estallar contra su muslo. El estruendo

reventó los tímpanos de todos ellos a la vez que recorrió los rincones del cuartel; los testigos vieron la sangre proyectándose en el aire, el cuerpo desplomándose y aquel instante de caras desencajadas dio paso a gritos de horror y a ocho criaturas saliendo en estampida en dirección opuesta al agente asesino al tiempo que irrumpían en la escena pistolas en mano los pocos guardias que quedaban en el cuartel.